

TEORÍAS Y MODELOS DEL DESARROLLO

Jesús Antonio Bejarano¹

INTRODUCCIÓN

Creo que sería de escasa utilidad una reseña de teorías sobre el desarrollo o una discusión sobre las mismas, prefiero más bien para abordar el tema sin pretensión, hacer una suerte de “recorrido a bordo de mí mismo”, recapitular en primer término, lo que pensábamos los economistas que nos formamos en los setenta, qué tipos de preocupaciones teníamos, y qué tantos cambios se han experimentado a lo largo de estas dos décadas. Ello es una manera de relevar un cierto tipo de modificaciones en nuestra forma de ver las cosas, y al mismo tiempo de subrayar tres o cuatro líneas que se han alterado profundamente y de las que no siempre somos conscientes, porque nos parece muchas veces que algunos problemas se discuten en particular en la sociedad colombiana, pero que no están inmersos dentro de las modificaciones conceptuales de la teoría.

Quisiera presentar las diferencias básicamente alrededor de una sola pregunta: ¿qué pensábamos a comienzos de los setenta y qué pensamos hoy respecto de esas mismas ideas? La percepción de las prioridades del análisis se ha modificado en estos 20 años. ¿Cuáles son las razones para que esto haya ocurrido?

1 El profesor Jesús Antonio Bejarano, en el campo académico era economista y profesor de la Universidad Nacional, investigador y consultor. El texto corresponde a la conferencia dictada en la Facultad de Estudios Interdisciplinarios de la Pontificia Universidad Javeriana, el 15 de septiembre de 1989. El autor revisó la transcripción hecha, y autorizó su divulgación en esa fecha.

I

Diría previamente que las discrepancias entre teorías son, bajo un cierto contexto, discrepancias en las respuestas a una pregunta que les es común. Diría, además que toda controversia en economía se reduce a muy pocas cosas. Es *finalmente*, vista desde este ángulo, una ciencia muy simple y la teoría del desarrollo lo es más.

A fines de los años sesenta las diferentes teorías, la Cepalina, la Dependientista, los modelos duales, el modelo de las brechas, la inflación estructural, etc., todas las teorías que se aprendían en la universidad, tenían tres puntos centrales de controversia:

1. El papel del Estado o el papel del mercado. De hecho, la discusión entre teorías remite siempre a una postura respecto de si darle más papel al mercado o al Estado.
2. La oferta y la demanda. Todas las teorías que se manejaban entonces y aun ahora, siempre están dirimiendo si pesa más la oferta o la demanda y en el caso de la teoría del desarrollo, en cuál de los dos lados se encuentran las restricciones claves.
3. Análisis de coyuntura a corto o largo plazo. La diferencia finalmente, entre la escuela neoliberal y la escuela estructuralista. En realidad no son dos perspectivas sobre asuntos distintos (la coyuntura y la estructura) sino sobre aspectos relativos a la asignación de recursos y a las pautas de crecimiento a largo plazo.

Las escuelas mencionadas se diferenciaban fundamentalmente por las posturas alrededor de estas tres grandes controversias. Finalmente, se hacían tres grandes preguntas:

- a. ¿Cuál era la fuente de diferencia principal entre los países desarrollados y los que se llamaban entonces países subdesarrollados? Habría que subrayar que la teoría del desarrollo o el desarrollo como problema analítico, surgió en los primeros años de la posguerra, cuando se “descubrió” que habían diferencias sustantivas en términos de tasas de crecimiento, de igualdad en la distribución del ingreso, y otros indicadores entre los países desarrollados y los subdesarrollados; ello provocó una reacción muy fuerte especialmente en América Latina, para buscar que el Plan Marshall de la reconstrucción europea fuera aplicado en la región. Esta fue, finalmente, la razón de la creación de la CEPAL: abogar por una especie de Plan Marshall.

Subrayo que no se trata de mirar el contenido de las teorías, sino de centrarnos en el foco de sus preguntas.

- b. Se buscaba, además explicar otra cosa. Se creía que en el fondo, las diferencias que se percibían especialmente en el desarrollo social y en los aspectos distributivos, se debían principalmente a que los países en desarrollo crecían menos rápido que los desarrollados y por lo tanto había una tendencia al estancamiento que se reflejaba en carencias sociales. Para los Cepalinos las tendencias a los estancamientos se debían a los flujos hacia los países desarrollados, vía los términos de intercambio; para el Dependentismo, en su versión radical, se debían a la extracción de excedentes ocasionada por el imperialismo. Para los modelos duales, se debía a la persistencia de un sector social atrasado, terrateniente, renuente a la modernización. Se puede simplificar todo esto diciendo que esencialmente los puntos de discusión entre teorías eran los asociados a la explicación del estancamiento.

En casi todas las teorías sobre el desarrollo, se partía de argumentar que la teoría ortodoxa no funcionaba. Las escuelas latinoamericanas por ejemplo, fueron una respuesta a las insuficiencias explicativas de la teoría ortodoxa, incluyendo no sólo la neoclásica sino la keynesiana. Hay que agregar que curiosamente todas estas escuelas fueron fundamentalmente ofertistas. Ahora se ha redescubierto el ofertismo como una gran novedad, pero en realidad una teoría cabe dentro de lo que podríamos llamar el ofertismo, en la medida en que indique un estancamiento de la producción, problemas asociados al cambio técnico, una cierta estructura de la mentalidad empresarial, o cualquier aspecto equivalente que conduzca a que hay que modificar las condiciones de la oferta. Muy pocos economistas daban énfasis a la demanda y fue necesario que Lauchlin Currie escribiera un ensayo titulado “El papel de la demanda en la teoría del desarrollo”.

- c. En resumen, había tres grandes cosas que uno aprendía a comienzos de los setenta, ciertas creencias compartidas, lo que ahora los filósofos llaman un “paradigma”. Eran creencias compartidas no sometidas a verificación, pero todo el mundo estaba de acuerdo en que las cosas eran así. Primero, que estos países eran distintos en estructura o comportamiento a los subdesarrollados. Segundo, que crecían muy poco. Tercero, que la teoría ortodoxa no funcionaba y había que hacer una teoría especial, una economía por separado —la economía del desarrollo— para entender el funcionamiento de los países por debajo de un cierto nivel de ingreso per cápita.

Esas teorías aunque parezca paradójico y aunque hayan sido muy críticas, enormemente críticas de la teoría ortodoxa, eran básicamente optimistas. Es útil ver un capítulo del libro de Streeten, *La frontera de los estudios sobre el desarrollo*, dedicado a “Las teorías de un solo obstáculo”, para observar esta percepción.

En esencia, cualquiera que fuera la teoría, en realidad todos éramos básicamente optimistas. Una vez identificado el problema, creíamos todos que bastaba diseñar una serie de políticas, instrumentos estratégicos, de modo que podíamos resolver los problemas del subdesarrollo, con algo de tiempo, algo de paciencia y algo de habilidad.

Sin embargo, cuando se hicieron en los primeros años del setenta las evaluaciones sobre la década del sesenta, lo que se llamó las evaluaciones de la Década del Desarrollo, se descubrió que en buena parte las percepciones que teníamos eran equivocadas. En primer lugar, se mostró que los países en vía de desarrollo sí habían crecido, y que además habían crecido tan rápido o más que los países desarrollados, de modo que la perspectiva del estancamiento dejó de ser convincente. Sin embargo, la brecha entre los dos tipos de países, y fundamentalmente la brecha en cuanto a los niveles de vida se había ampliado. El problema es en realidad aritmético: si la diferencia de ingreso per cápita es de 4 a 1, el que tiene 1 puede crecer 2 veces más y sin embargo, la brecha se amplía. Se descubrió este problema aritmético y se señaló que había un elemental error en el planteamiento del problema, y que finalmente a pesar de que estos países habían crecido a tasas a veces hasta el triple de las de los países desarrollados, la brecha en términos de ingreso per cápita se había ampliado por estos juegos aritméticos, de modo que el foco se desplazó de la brecha relativa a la brecha absoluta como problema relevante con serias implicaciones sobre los objetivos de la estrategia de distribución del ingreso. De cualquier modo, el hecho es que estos países tenían un dinamismo de crecimiento muy fuerte, pero asociado con eso, los problemas de la distribución del ingreso no se habían resuelto. Ese fue el hallazgo más importante: encontrar que no había una correlación necesaria entre la velocidad del crecimiento y la distribución del ingreso, correlación que en muchos países fue inversa. La controversia de si la teoría ortodoxa funcionaba o no, no se siguió debatiendo. Pero esencialmente quedó pendiente, como uno de los elementos que más ha cambiado la percepción de las teorías del desarrollo, el hecho de que no era evidente que el crecimiento condujera a una mejor distribución del ingreso, y que más bien el crecimiento podría empeorarla.

Pero, aún en este aspecto teníamos una perspectiva optimista porque se creía que la inequidad creciente era apenas una fase transitoria

del propio crecimiento el que a la postre produciría el rebalse. Había además otros aspectos que permitían preservar la perspectiva optimista.

1. La absoluta confianza, indiscutida por lo menos entre los economistas de mi generación, sobre el valor de la eficacia de la industrialización para generar crecimiento. Se pensaba que la industrialización iba a tener un poder de arrastre sobre los demás sectores, sirviendo de motor del crecimiento económico, pero que además todos los problemas que seguían subsistiendo, iban a ser resueltos por la industrialización: el desempleo, el atraso de la agricultura, la modernización de los países. Por eso no hay que extrañarse que en muchos países, la industrialización fuera de la mano de un proyecto político modernizante.
2. Se esperaba que ocurriera “el rebalse del crecimiento”. La teoría de Kuznets, señalaba que en las primeras etapas del crecimiento, digamos en un estado de bajo nivel de ingreso per cápita, la distribución del ingreso generalmente es buena. Luego, cuando los países crecen muy rápido la distribución tiende a empeorar, pero después de ciertos límites, de cierto umbral, la distribución del ingreso tenía que mejorar, y por lo tanto, la curva de la distribución tenía forma de U, por lo que se llamó “La parábola de Kuznets”. La visión era optimista en el sentido de que el problema era de tiempo y había que esperar, porque finalmente la forma de la curva iba a conducir a que todos los países que crecieran, mejorarían su distribución apenas superaran un cierto umbral del ingreso per cápita, alrededor de US\$800 a US\$1.500.
3. Estaban también las bondades de la intervención del Estado. Se vio el éxito del intervencionismo, y el éxito de los países desarrollados en el manejo de las políticas económicas. Estaban además las políticas de lo que se llamó la “era de Kennedy”, a quien acompañaban expertos en desarrollo económico. Había una profunda convicción en que la intervención del Estado era buena, por muchas razones. En los años cincuenta los países desarrollados habían logrado crecer, mediante esa intervención en forma adecuada y se había logrado controlar una serie de fenómenos recurrentes entre los años veinte y treinta. Gracias a la teoría keynesiana se habían resuelto la inflación, el desempleo.
4. Fue una época optimista que se reflejó por supuesto, en las teorías del desarrollo y en la confianza en la intervención del Estado, lo cual se tradujo en un cuarto aspecto optimista, esto es: la capacidad de la planeación indicativa para dirigir la economía; para orientar la

asignación de los recursos y para en fin, superar las fallas del mercado.

Estos cuatro puntos que acabo de mencionar: la industrialización, el rebalse del crecimiento, el intervencionismo y la fe en la planeación, constituyeron los paradigmas de la década de los sesenta, y sirvieron de fundamento para creer que se podían recuperar las debilidades del sistema de mercado, la inequidad y la falta de impulsos al crecimiento económico.

Desde mediados de los setenta, algunos problemas fueron aproximándonos a una visión pesimista sobre el desarrollo. La deuda externa, la estangflación, la persistencia de la inflación, la inestabilidad social, etc. Además, la propia teoría económica tiene una crisis de pertinencia, porque no explica absolutamente nada de lo que está pasando en ninguna parte. Los economistas se preguntan qué tipo de ciencia es ésta, que no tiene capacidad explicativa, ni predictiva. Hay una vuelta a ciertos fundamentos metodológicos que buscan rectificar el poco alcance en la capacidad de explicación de la teoría.

Además de lo anterior, los paradigmas dejaron de ser convincentes. Hubo en primer lugar lo que Hirschman en un artículo llamó “el desengaño sobre la industrialización”. En toda América Latina empezaron a producirse críticas sobre el proceso y sobre los desequilibrios generados por él. Se volvió popular la diferencia entre crecimiento y desarrollo, diferencia a la que ningún economista sensato le daría mayor crédito, pero que ha servido para una buena proporción de demagogia, comoquiera que el crecimiento por sí mismo no conllevaba una buena distribución. El punto focal era la necesidad de incorporar de manera explícita objetivos distributivos en las estrategias de desarrollo. Este es el verdadero fondo de esa controversia. Pero eso mostraba que habíamos dejado de creer en el “rebalse”, que si se tiene que introducir como objetivo específico la distribución, es porque se cree que ya no va a haber un mecanismo automático que genere una mejor distribución en el futuro.

En tercer lugar surgió con mucha fuerza no sólo la escuela de Chicago que dominó el panorama en el mundo académico de los años setenta y comienzos de los ochenta, sino que ha surgido el neoliberalismo como una corriente filosófica en el sentido de buscar desvirtuar el papel y la importancia del Estado en la conducción de los procesos económicos y se acuñó la famosa frase de que el Estado no es la solución, el Estado es el problema. Por supuesto, muchos economistas dejaron de creer en la planeación del desarrollo.

Los años setenta son entonces, el gran derrumbe de los cuatro paradigmas. Pero lo más grave de esto, es haber dejado de creer en la teoría, bien sea la general o la del desarrollo porque hace muy difícil tratar de reconstruir todo lo que se ha derrumbado.

Yo sigo siendo optimista y creo que en mucho, estamos ante un error de percepción y estamos, clásicamente, no ante el derrumbe de unos paradigmas, sino ante la emergencia de problemas ocasionados por soluciones exitosas. En mi opinión, siguiendo a Seers, así como hay una solución para cada problema, también hay un problema para cada solución y me temo que eso es lo que está ocurriendo. Estamos experimentando la fase de consecuencias negativas de lo que fueron soluciones exitosas en el pasado. Esto nos lleva a rectificar el curso de los cuatro paradigmas, pero de ninguna manera a ser pesimistas. Así por ejemplo, se puede convenir en que la industrialización fue buena para el crecimiento, logró un conjunto de efectos que no es necesario detallar aquí, pero al mismo tiempo generó problemas, que en la medida en que se fueron agrandando, se convirtieron en el foco de las preocupaciones. La protección a la industria fue positiva para que surgieran nuevos sectores en la vida económica del país, para diversificar la estructura productiva, pero por supuesto hay un umbral a partir del cual se llega a la ineficiencia y por tanto, hay que empezar a rectificar los sistemas de protección. Aunque fue buena para que surgieran nuevas instituciones económicas, también la protección generó corrupción. Cuando el Estado busca controlar licencias de importación, por ejemplo, y cuando la actividad económica depende del juicio de un funcionario sobre una licencia, cabe esperar que la corrupción sea incremental respecto del grado de control que el Estado quiere tener. No es un problema de Colombia, todos los países de América Latina comprueban que los estados son corruptos, corrupción asociada al excesivo intervencionismo del Estado sobre diversos aspectos del proceso económico.

Estamos viviendo una situación en la cual la gente no cree en la industrialización, porque no es eficiente, porque generó privilegios, generó monopolios, etc., pero eso no debe conducir a la idea de que la industrialización en sí misma es mala, más bien debe conducir a la idea de buscar soluciones a los problemas que la industrialización generó y que en cierto modo eran inevitables.

En segundo lugar experimentamos las consecuencias de lo que se puede denominar "la intolerancia distributiva". Se ha mostrado que las sociedades tienen cierta tolerancia por un cierto tiempo a una situación inequitativa del ingreso, pero esa tolerancia en algún momento se

agota, y eso implica reconsiderar las estructuras de distribución que comprometen la misma estabilidad social y política de los países. Hirschman, llama a esto “el efecto de túnel”. Si uno va por otro túnel en dos filas de carros y encuentra un trancón, espera pacientemente con las dos filas detenidas. De pronto una fila empieza a correr, entonces, yo sé que la cosa está mejorando y espero mi turno. Si pasa el tiempo y la otra fila corre y la mía no, me voy ofuscando, considero mi situación como injusta y termino exasperado. Esto es más o menos el efecto de túnel aplicado a la distribución del ingreso. En los años sesenta muchos grupos sociales pudieron esperar que a ellos les llegara el turno. Pero en los años setenta no les llegó. Este efecto es la explicación más general de por qué en la segunda mitad de los setenta y comienzos de los ochenta hubo dos fenómenos asociados. En primer lugar, conflictos sociales en toda América Latina, después de la década del crecimiento exitoso de los sesenta. En segundo lugar, la reversión a formas autoritarias, que era la respuesta política a esa eclosión de movimientos sociales, perturbación social de todo orden, terrorismo, guerrilla, etc.

Por otra parte, si la industrialización generó una serie de problemas que se están discutiendo hoy, y si el problema de la pobreza se asoció con la necesidad de redefinir esquemas políticos y de buscar mecanismos explícitos de distribución del ingreso en las estrategias de desarrollo, no menos complicado es el hecho de que el Estado también encontró en una crisis, una crisis en buena medida asociada al hecho de que los estados se transformaron entre los cincuenta y los sesenta exitosamente. Como también siempre ocurre entre los procesos sociales, un proceso de modernización y democratización, por lo general, genera presiones hacia más democracia. Esto conduce naturalmente a que su nivel de eficiencia en los años setenta y ochenta siga estando en cuestión. El Estado está hoy en cuestión no sólo por ineficiente y corrupto sino que además se cuestiona el aspecto de la legitimidad del Estado en toda América Latina.

Finalmente, hay una formalización (a partir de estos eventos de la crisis de los setenta), de la crítica a la planeación, que supongo ustedes conocen, y que omito para abreviar.

II

Quisiera hacer una breve consideración sobre el caso colombiano en estos años. Hoy estamos viviendo la dimensión del problema y no el optimismo de la solución; pero ello no debe conducir a pensar que las soluciones fueron totalmente incorrectas. No cabe duda que buena parte del desempleo urbano y la informalidad en la economía, son los

resultados de haber resuelto exitosamente el desarrollo agropecuario. Todos los análisis conducen a mostrar que si no hubiera habido desarrollo en la agricultura como el ocurrido en los 50-60, hoy estaríamos con niveles de empleo rural mayores, y con presiones de desempleo urbano menores, pero paralelamente con un menor nivel de desarrollo, y bastante parecidos a cualquier país centroamericano.

Luego, en términos de estabilidad política, se creó el Frente Nacional para hacer frente a la violencia. Pero, en la medida en que no fue capaz ese sistema político de transformarse en el curso de los años, se generó otro problema que fue la exclusión de vastos sectores de la participación política. Pero ¿cuáles serían las consecuencias hoy de no haber configurado el Frente Nacional?

La protección a la industria permitió el montaje de una estructura institucional y una modernización del Estado asociado a ésta. El Estado de hoy es para la industrialización, pero ello conlleva una pérdida de competitividad. Quizá los nuevos rumbos de la economía nos encuentran con un Estado hecho para una cosa que ya no tiene plena vigencia. Hay una clara inadecuación del Estado en relación con la capacidad para manejar instrumentos, lo que nos lleva a reformar el tipo de Estado que tenemos en términos de su capacidad para orientar la economía.

III

Hoy estamos buscando soluciones. Los expertos en tecnología hablan de problemas de segunda generación. ¿Cuáles son los problemas de hoy, que esta segunda generación de economistas tiene que resolver?

1. La mayor fuerza en los enfoques del desarrollo puede estar en lo que se denomina la redistribución con crecimiento. Si en los sesenta se creía que el crecimiento iba a tener un rebalse hoy estamos seguros que existen estrategias específicas que pueden lograr las dos cosas al mismo tiempo. Esto no es tan obvio. En la práctica, en los fines de los sesenta y durante los setenta, fue necesario sacrificar alguno de los dos. O se crecía o se distribuía y estos objetivos aún continúan siendo incompatibles en gran medida. Es tan difícil como tener que resolver simultáneamente la democracia y la igualdad.

Como es difícil renunciar a uno de los dos objetivos, muchos asumen la actitud que se le atribuye a los políticos, es decir, cuando deben escoger entre dos opciones, habitualmente se quedan con las dos. Ahora bien, ¿qué tipo de estrategia compatibiliza el crecimiento y la distribución? Fundamentalmente se trata de que el crecimiento

económico debe apoyarse en la capacidad productiva de los pobres, lo que conduce a la postre a una mejor distribución en la medida que se pondera más el crecimiento del ingreso de los grupos más pobres y esto se relaciona con el énfasis en la reorientación de la inversión pública, la cual, si privilegia las actividades productivas de los pobres y no la de los sectores modernos, va a permitir una mayor participación de los pobres en el producto, un crecimiento de su ingreso, y en consecuencia una mejor distribución. Esta es la tendencia dominante y esto es lo que en Colombia está haciendo el gobierno. La economía social es una versión de la redistribución con crecimiento, cuyos objetivos se pueden leer en el Plan de Desarrollo del gobierno². Todos hoy comparten este enunciado como propósito estratégico. Colombia difiere de otros países en los que no ha podido configurarse el diseño de una estrategia que busque esos objetivos. En Colombia la novedad no está en la teoría sino en la práctica.

2. El rescate del crecimiento equilibrado. Pocos defienden hoy la estrategia de los sectores líderes. Se trata de respetar las complementariedades del crecimiento, de modo que por ejemplo los dilemas agricultura *vs.* industria no tienen sentido y un crecimiento exitoso supone un equilibrio entre ambos sectores.
3. El tercer cambio importante, consiste en que el paradigma de la cultura económica de hoy no es la planeación sino la *participación*. No se están buscando mecanismos de planeación, sino de participación. Todo proyecto público busca estos mecanismos, en todos los países latinoamericanos, como una forma de distribuir responsabilidades, de democratizar la economía, etc.
4. Así como no se definen la intervención del Estado sino la concertación, la cuarta moda es la *descentralización*, en América Latina y en el mundo en desarrollo. Subrayaría entonces que los temas corrientes de discusión en Colombia son apenas una extensión de debates más generales, asociados a los cambios de paradigma y la diferencia con otros países suele ser más de grado que de especie.

IV

Hay unos últimos aspectos que quiero mencionar para terminar.

2 En 1989 el presidente del país era el Dr. Virgilio Barco.

- a. Durante los años sesenta y setenta, nos acostumbramos a mirar las cosas por separado, desde la economía, desde la política. Los problemas sociales eran cosas de los sociólogos. La economía se juzgaba como neutra frente a los objetivos políticos. Uno de los grandes cambios en la mentalidad de los economistas ha sido abandonar el aislamiento que se tenía. Hoy la moda es la *interdisciplinariedad*. Quisiera mostrarlo con dos ejemplos. El primero, hoy se reconoce que no es posible una ciencia de la economía, y menos una ciencia del desarrollo, que no incluya la dimensión política. Al tiempo que no es posible pensar la política sin tener consideraciones explícitas sobre los problemas económicos. Parecería obvio, pero no lo es. Hay dos objetivos que se han mostrado incompatibles: el logro de la democracia política y el logro de la igualdad social. La experiencia dice que con el autoritarismo es muy fácil hacer igualdad, como en los países socialistas, pero en la práctica tener una democracia sólida, no facilita la compatibilidad con una sociedad equilibrada socialmente. Las razones estarían en los conflictos entre la racionalidad colectiva y la racionalidad individual. La política piensa en la primera y la economía en la individual. No se va a tener ni una teoría económica normativa que diga qué tipo de sociedad debemos tener ni una teoría política lo suficientemente buena para que la acepten los economistas sin sacrificar la racionalidad individual.

Hay economistas (los neocontractualistas, Buchanan, etc.) que están mirando la política con los postulados de la economía. Pero hay una discusión sobre los límites políticos de una teoría como la keynesiana, al punto que hoy la controversia admite que el Estado ya no es la solución, sino el foco del problema. Luego está la imposibilidad de construir un hogar público, un sistema de convivencia que no es tan fácil de definir si uno hace converger los distintos reclamos de los distintos grupos sociales. Esto conduce a la segunda consideración.

- b. No es posible (éste es un punto de cuasi-acuerdo entre los científicos sociales, particularmente entre los economistas), seguir en el marco del individualismo metodológico y es necesario pensar en términos sistémicos, holísticos. La economía es parte de un sistema y no es comprensible sin una conjugación de diversas interpretaciones, entre sociólogos, politólogos, etc., de manera que pueda reconstruirse el sistema y no las partes. No es posible construir una teoría económica a partir de postulados individuales, un concepto de consumidor, de empresario, etc. Cuando se piensa en la situación colombiana, se encuentra que éste es el segundo dilema. Estábamos pensando cómo hacer con esta guerra contra el narcotráfico, en la que cada persona elude compromisos individuales aunque declara

apoyar los colectivos. La pregunta es ¿qué hacemos? Se tiene que reconocer que la teoría no tiene nada que decir, pero que se está buscando una estrategia que permita compatibilizar el interés individual con el interés colectivo. Es una limitación muy fuerte de la teoría.

Quiero finalmente llamar la atención a que cualquier comprensión real de la teoría económica, supone necesariamente que se tengan en cuenta las relaciones entre la economía y la política. No pueden verse mutuamente como restricciones. Están en el fondo de todos los dilemas que tienen que resolverse hoy.

Muchas gracias